

LOS GRANDES COLECCIONISTAS

El gran muestrario de las máximas rarezas filatélicas se enriquece, de vez en cuando, con alguna «pieza» inédita, afortunadamente encontrada en un desván, en un archivo o en un cajón olvidado de un escritorio. Pero se trata de excepciones que cada vez resultan menos frecuentes. Todas las demás rarezas que figuran en el catálogo tienen ya una historia precisa, que está formada por los nombres de los grandes coleccionistas que las han poseído en el pasado y de las fechas en que han derivado de una a otra colección. De qué nombres y en qué fechas, es un elemento que no se puede olvidar en la historia de la filatelia. Una historia que, como tantas otras, se alimenta no sólo de acontecimientos, sino también de los hombres que han dado vida a esos acontecimientos.

Se trata, en nuestro caso, de una historia más bien breve; de suerte que no parece aventurado centrarla sobre un único personaje, sobre el hombre que ha poseído la más grande colección de sellos que jamás ha existido. Sobre esta colección han confluído las mayores rarezas poseídas por quien vivió antes que él; del mismo modo que, después de él, no ha existido, ni existe, gran colección que no se adorne por lo menos con una pieza procedente de la suya.

Este hombre, supremo entre los grandes coleccionistas, se llamó Philippe La Renotiere von Ferrary. No se trata, sin embargo, del mismo nombre con el cual el Registro Civil francés recibió la notificación de su nacimiento, acaecido en París el 11 de enero de 1850. Entonces se llamó Louis-Philippe Antoine-Marie Augustin Raoul de Ferrary. Era hijo de Rafael de Ferrary, un financiero genovés extremadamente hábil, que había acumulado una inmensa fortuna; y como Pío IX no dudó, en nombrarlo Duque de Galliera, así después Vittorio Emanuele II le dio el título de Príncipe de Lucedio, mientras en los ambientes financieros le conocían como «el rey de los ferrocarriles». La madre, Duquesa María de Galliera, era también de origen genovés, aunque por sus venas corría sangre húngara.

De joven, Philippe de Ferrary fue lo que hoy se llamaría un «contestario total». Se peleó con su padre y abandonó la suntuo-



1. El 5 de diciembre de 1968 los correos de Liechtenstein emitieron tres sellos para conmemorar a los pioneros de la filatelia. Uno de ellos es el dedicado a Philippe la Renotiere, uno de los más grandes coleccionistas del pasado.

2. Portada del catálogo de la primera venta en subasta, organizada por el gobierno francés en París, el 25 de junio de 1921, de la colección Ferrary, secuestrada a cuenta de las reparaciones por daños de guerra.

CATALOGUE

TIMBRES-POSTE

composant la collection

DE

M. FERRARI DE LA RENOTIERE

Ayant fait l'objet d'une mesure de séquestre de guerre

(PREMIERE VENTE)

Collection classée et cataloguée par M. G. GILBERT

VENTE AUX ENCHERES PUBLIQUES

A l'HOTEL DROUOT, rue Drouot, n° 9

Jendi 23 Juin 1921 (salle n° 10)

EN VERTU D'ORDONNANCE

par les soins de M. DAVID, liquidateur, assisté

de M. le PRESIDENT des Commissaires-Priseurs

ADJOINT TECHNIQUE

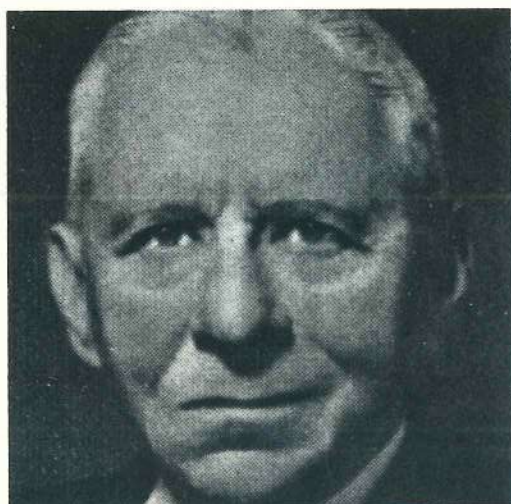
ET UN

M. A. BROQUELET
Expert près le Tribunal civil
de la Seine
40, rue d'Hauteville
PARIS (19)

M. G. GILBERT, Expert
Juré près le Tribunal de Commerce
de la Seine
51, rue Le Peletier
PARIS (19)

EXPOSITION PARTICULIERE : Chez M. GILBERT
51, rue Le Peletier
Mardi 21 Juin 1921, de 2 h. à 5 heures

EXPOSITION PUBLIQUE : A l'HOTEL DROUOT
Salle n° 10
Mercredi 22 Juin 1921, de 2 heures à 5 heures
Téléphone : Trudaine 57-84



1



2



3



4



5



6

1-2-3-4-5-6. Galería en la que se recoge a algunos de los más grandes coleccionistas. 1) Alfred H. Caspary. 2) Arthur Hind. 3) Thomas K. Tapling. 4) Fredric Breitfuss. 5) Alfred D. Lichtenstein. 6) Lousie Boyd Dale Lichtenstein.

7. El gran coleccionista Maurice Burrus fue recordado en la serie conmemorativa emitida en diciembre de 1968 por el Principado de Liechtenstein.

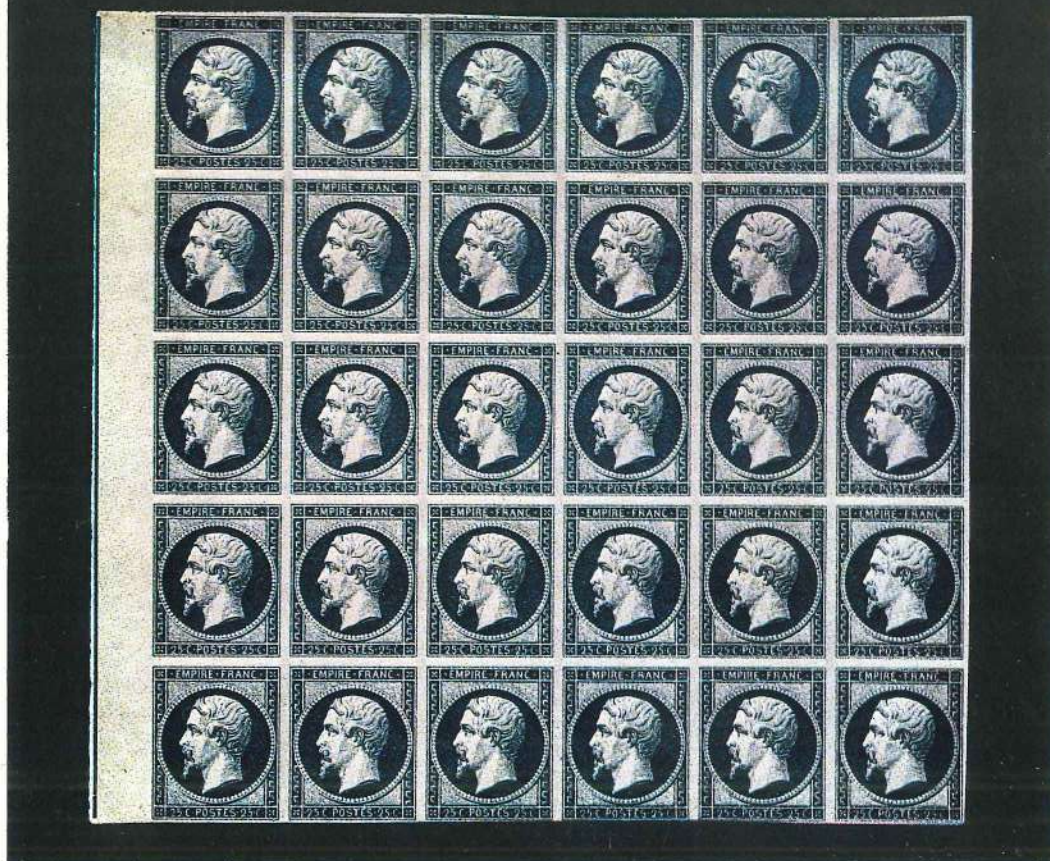
8. Dos grandes rarezas francesas de la colección Burrus: 1849, 40 céntimos anaranjado, bloque de veintiún sellos nuevos, ángulo de folio; 1853, 25 céntimos azul, bloque de treinta sellos nuevos. Se trata de piezas únicas.

sa residencia familiar de Rue de Varennes. Renunció a todos los títulos de nobleza que le esperaban y se trasladó al barrio Latino, viviendo la vida de todos los estudiantes sin dinero, de entonces y de siempre. Daba lecciones, estudiaba y escribía para revistillas de vanguardia. La madre, como bien se puede imaginar, no estaba contenta de la situación, y ofrecía continuamente dinero al joven Philippe. Pero los ofrecimientos eran rechazados desdeñosamente.

Después, cierto día el muchacho cedió a la tentación del dinero; pero este ablandamiento no fue motivado por el deseo de vivir una vida más acomodada, sino por el de satisfacer una pasión que, entretanto, había nacido en él. Esta pasión no tenía



por objeto ni el eterno femenino ni el tapete verde, como ocurrió a tantos personajes cuyas gestas han sido relatadas por los grandes novelistas decimonónicos, sino los sellos. Ferrary había estudiado con fervor numerosos idiomas y llegó a interesarse por la heráldica, la geografía y la historia monetaria. En cierto momento, encontró en los sellos la síntesis de todas estas disciplinas. Y comenzó a coleccionarlos. En aquél tiempo el no va más de la novedad no había empujado aún a los filatelistas hacia las torres de marfil de las colecciones más o menos especializadas. Y coleccionar sellos significaba tratar de poseer, por lo menos, una pieza de todos los valores emitidos en cada parte del mundo. No se sabe con precisión en qué pieza



invirtió la primera asignación que aceptó de su madre. Pero es un hecho seguro que a la primera aceptación siguieron otras. Luego hubo una especie de reconciliación, de suerte que Philippe volvió por temporadas a residir en el Palacio Galliera.

Rafael de Ferrari murió en 1880 y dejó una fortuna inmensa. Se dice que la viuda aceptó finalmente consultar la biblioteca privada del marido. Encontró allí trescientos volúmenes, todos con la misma encuadernación en tafilete rojo; cada libro se componía de mil bonos de mil francos.

Además del dinero al contado, que después invirtió ampliamente en obras de beneficencia y en apoyar a los descendientes de Luis Felipe de Orleans y a sus intenciones de restauración monárquica —ya por algo había bautizado a su hijo Louis Philippe—, la Duquesa de Galliera heredó la morada parisina y las espléndidas obras de arte que la decoraban. Vivió hasta 1888, y al morir donó el Palacio Galliera al Emperador Francisco José de Habsburgo, para que instalase allí la nueva sede de la Embajada de Austria, en París. En la donación, sin embargo, se insertaba una cláusula: un ala del Palacio debía permanecer de por vida a disposición de su hijo Philippe, el cual destinó tres estancias para sede de su ya importantísima colección de sellos.

Fue este el único legado de María a su hijo, el cual, por otra parte, había heredado del padre el grueso de la fortuna familiar, constituida especialmente por propiedades inmobiliarias muy rentables. Philippe accedió de buen grado a su transformación en rico, pero no abandonó su posición de contestatario en cuanto a los títulos nobiliarios; no sólo rehusó suceder a su progenitor en la dignidad de Duque de Galliera sino que, además, decidió cambiar de nombre. Se hizo adoptar por un oficial de la pequeña nobleza austríaca, el caballero Manuel la Renotiere von Kriegsfeld, convirtiéndose así en el señor Philippe la Renotiere. Algún tiempo después unió a este nombre el viejo apellido Ferrari, haciéndolo proceder de la partícula «von» y transformando en «y» la «i» final; de ahora en adelante se firmaría siempre «Philippe la Renotiere von Ferrary», y con tal nombre se hizo famoso en todos los ambientes filatélicos.



1. Rarezas de todo el mundo reproducidas en el catálogo de la venta en subasta que dispersó la colección de Maurice Burrus. La gran colección estaba encerrada en numerosos baúles, resguardados en el tesoro de un banco de Lausana.

2. Un original fotomontaje de los grandes coleccionistas de la «Belle époque», inscritos en un conocido club alemán. Los círculos filatélicos, en sus orígenes, estaban constituidos en su mayor parte por auténticas tertulias de amigos, estudiosos y apasionados de la filatelia.

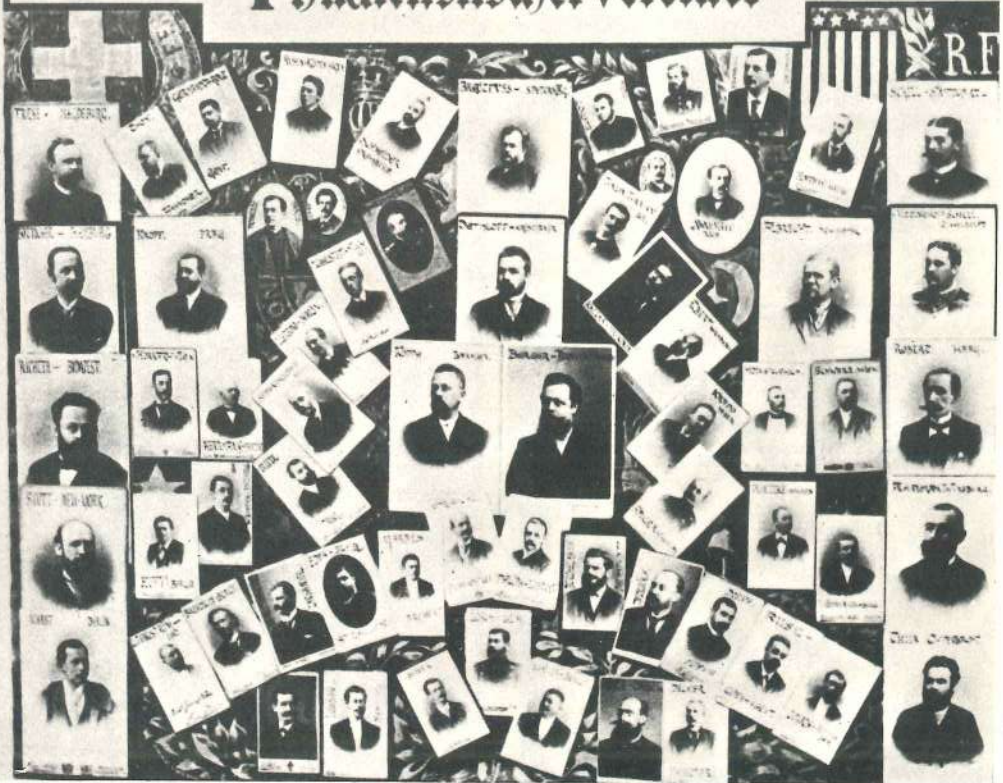
En las tres estancias del Palacio Galliera instaló permanentemente a Pierre Mahé, que hasta poco antes había sido uno de los más importantes comerciantes de sellos de toda Francia, y al que confirió el título de «secretario filatélico». Todos los lunes, el tesorero de la casa Ferrary entregaba a Mahé una suma nunca inferior a los 50.000 francos. Debía servir para las adquisiciones filatélicas de la semana. Ferrary y Mahé se consultaban sobre las ofertas que recibían, sobre las colecciones que consideraban con posibilidad de adquisición, sobre los «hallazgos» de los que el mercado todavía estaba fecundo y sobre las ventas en subasta. Y si los cincuenta mil francos semanales no eran suficientes, la suma necesaria se completaba oportunamente.

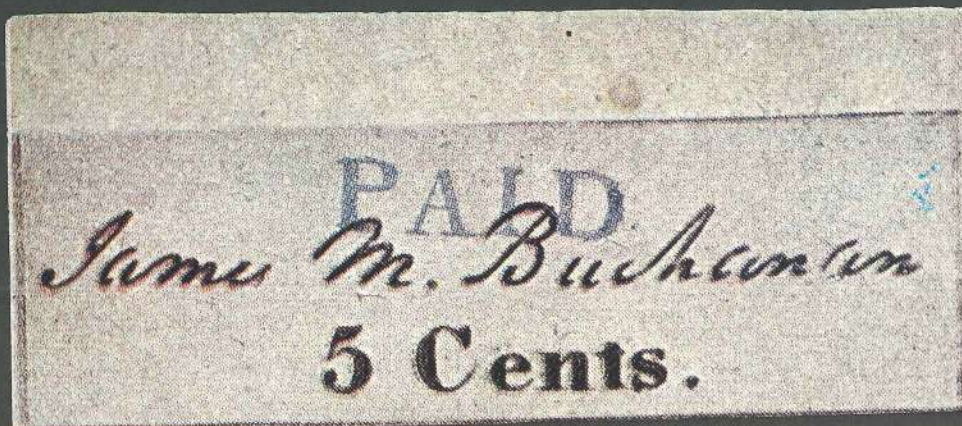
De tal modo, la colección se ampliaba continuamente y su valor alcanzaba cifras increíbles. Ferrary superó las colecciones de muchos de los más famosos filatelistas de la época, como por ejemplo, del juez Thalbrick, de Londres, de sir Daniel Cooper, gobernador de Nueva Zelanda, y del barón Arthur de Rothschild (que pertenecía a la rama francesa de la familia; después un Rothschild de la rama austríaca se convertiría a su vez en un gran coleccionista). De Thomas Ridpath, un comerciante de Liverpool, adquirió el único ejemplar conocido del famoso un céntimo magenta de la Guayana inglesa, emisión 1856, pagándole 150 libras esterlinas. Tal precio no fue considerado, en aquella época, completamente excéntrico sino claramente escandaloso.

Ferrary era un coleccionista «a la antigua»; no le gustaban las cartas, los folios enteros, ni los bloques. Buscaba sólo los sellos aislados, ya nuevos, ya usados. Y no utilizaba álbum. Sus «estancias filatélicas» estaban revestidas de estanterías. En cada departamento había un manojo de folios de cartulina, y en cada folio aparecían montadas dos filas de sellos coronadas por una pequeña descripción. Sobre las estanterías, en grandes paquetes, se ordenaban los restos de muchas colecciones, que compraba y de las que se limitaba a retirar las pocas piezas que servían para su colección. Mientras vivió no vendió nada, pero a veces hizo algún cambio. Por ejemplo, cedió dos ejemplares del dos *pence* *Post Office* de Mauricio a cambio de un sello de Afganistán, que le faltaba, y de la carta con



Vertrauliches
Korrespondenz-Blatt
Philatelistischer Vereine.





1



2

1-2-3. Rarezas de las primeras emisiones de los Estados Unidos, que formaban parte de la colección Caspary. Son de excepcional interés el circular de Alejandria y la tira vertical de tres ejemplares de Saint Louis.



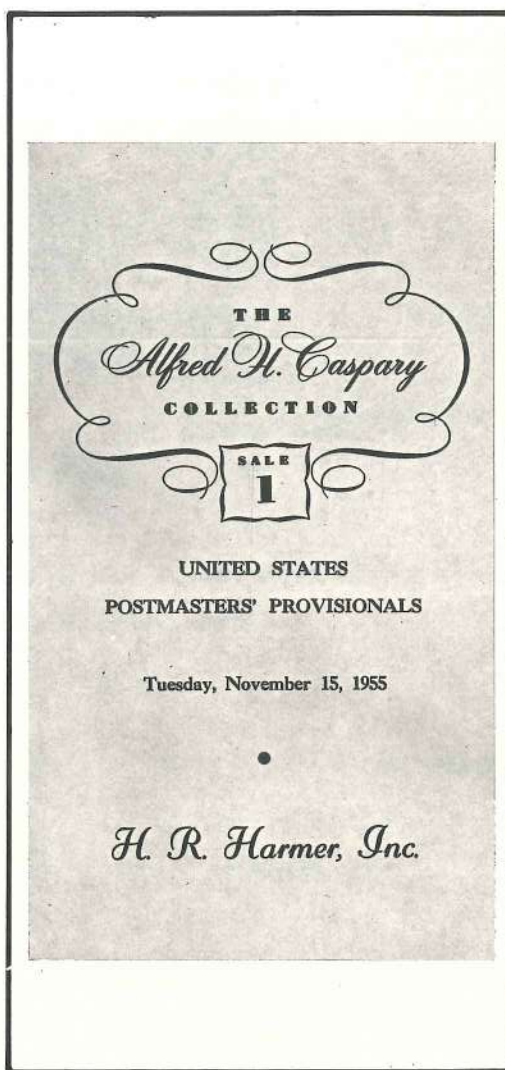
3

el único ejemplar conocido del sello emitido por el *Postmaster* de Boscaven, en los Estados Unidos.

Entre los sellos de Ferrary aparecía junto al oro, el oropel; pero no sería justo suponer que él y Mahé hubieran sido engañados por los falsificadores que, también en aquellos tiempos, infestaban el ambiente. Es bastante más probable, como ha sido confirmado por numerosos testigos, que se tratase de adquisiciones efectuadas con conocimiento de causa, para solucionar los apuros de algún comerciante en dificultades. El gran coleccionista fue también un generoso benefactor; frecuentemente sus donativos permanecían en el anónimo. Entre sus protegidos se encontraban numerosos «fondos» ingleses para la ayuda a los soldados británicos heridos en la guerra. Pero sus simpatías políticas se dirigían, sobre todo, a los pueblos de lengua germánica. De temperamento bastante nervioso, de niño había enfermado, y no levemente, cuando supo que los austríacos habían resultado derrotados en Magenta y Solferino.

En 1914 el estallido de la Primera Guerra Mundial le creó graves dificultades psicológicas. Amaba demasiado a Austria y a Alemania para poder seguir viviendo en París, pero también era demasiado afecto a Francia como para refugiarse en Viena o en Berlín. Optó por la neutral Suiza, de la que era ciudadano desde 1908, trasladándose allí. La colección era demasiado crecida para poder llevarla consigo y se limitó a conservar a su lado una colección de sellos de Grecia. A ella debió los momentos más serenos transcurridos en el exilio helvético, que no fue demasiado largo. Triste, solo y amargado, Philippe la Renotiere von Ferrary, murió en Lausana el 20 de mayo de 1917.

Su testamento se conoció al acabar la guerra. La colección de sellos se legaba al Museo Postal de Berlín. Tal decisión había sido motivada, bien por la tendencia germanófila del coleccionista, bien por la certeza de que el grave museo sabría conservar su colección de la mejor manera. Pero las cosas resultaron de manera muy diferente. El gobierno francés sequestró los sellos y los mandó vender en pública subasta, embolsándose la recaudación a cuenta de las reparaciones de guerra.



4-5. Portadas de los catálogos de venta de las colecciones de Alfred Caspary y Franklin Delano Roosevelt. La figura del gran presidente americano fue conmemorada por la República de San Marino en una bella serie del 3 de mayo de 1947.



1. La más rara pieza de Mauricio, de la colección Lichtenstein-Boyd Dale. En el ángulo superior izquierdo la carta que fue vendida, el 21 de octubre de 1968, en 380.000 dólares. La subasta se celebró en Nueva York.

2. Estados Unidos, 1846: un espléndido ejemplar del 5 centavos negro sobre gris azulado, emisión de los «administradores de correos» («Postmasters») de Millbury (Massachusetts), de la colección Caspary. Entre los sellos de los «administradores de correos» el reproducido es el más caro.



Las subastas se celebraron en París, en el Hotel Drouot, entre 1921 y 1925. Antes de su comienzo, la casa inglesa Stanley Gibbons se había ofrecido a adquirirla completa, en trato privado, por la suma de 12 millones de francos. Pero la oferta fue rechazada, y en la subasta se alcanzó una cifra superior al doble: 26.482.964 francos. El secuestro francés fue providencial para la filatelia y para la memoria del mismo Ferrary. Para la filatelia, porque si todas aquellas rarezas hubiesen cruzado el umbral del Museo de Berlín, permanecerían para siempre inaccesibles a los coleccionistas, y muchos de lo sucesivos «grandes» quizá se hubiesen sentido menos atraídos por un *hobby* sobre el que pesaría la hipoteca de no poder formar jamás una



colección como la de Ferrary. Y para el propio Ferrary, porque su nombre se pronuncia todavía en boca de todos cada vez que una rareza suya vuelve a aparecer en el mercado de forma que las jóvenes generaciones de coleccionistas siguen honrando en él al más grande de todos los filatelistas.

Ocupémonos ahora de Thomas Keay Tapling. Nació en 1855, cinco años después de Ferrary, y cuando murió en 1891 dejó una colección filatélica que, en aquella época, no tenía nada que envidiar a la del propio Ferrary. Por disposición testamentaria la colección fue destinada al British Museum, y nadie se opuso a la ejecución de aquel testamento. Pues bien, la colección Tapling tiene hoy el aspecto de algo anticuado, em-

3. Rarezas de las emisiones clásicas de las colonias inglesas de América del Norte, vendidas en subasta en Nueva York en noviembre de 1968. Formaban parte de la colección Lichtenstein-Boyd Dale.

4. Prestigiosos ejemplares de los Estados Unidos, de la colección Caspary. Un corte vertical del 10 céntimos negro, de 1847, y centro invertido del 30 céntimos de la serie de 1869.



balsamado, aunque se trata de una colección general completa de todos los más raros «clásicos», comprendidos los «Misioneros» de Hawai y los Post Office de Mauricio. Los sellos no están hechos, como los cuadros, para ser gozados y admirados por el gran público. Sólo un coleccionista privado puede cuidarlos, conservarlos y estudiarlos como conviene. También los museos filatélicos tienen, obviamente, su función: la de tener a disposición de los estudiosos el indispensable material de referencia procedente de los archivos oficiales. Pero no la de atiborrarse de rarezas.

Después del final de las subastas Ferrary, el título de mayor coleccionista del mundo cruzó el Atlántico para ir a parar a las manos del americano Arthur Hind, de Utica. Los

1. Una página de la venta en subasta de la firma Balasse de Bruselas, con algunas rarezas de la colección de los Estados Unidos del cónsul Klep, premiado, entre otros distintivos, con el Gran Premio de la Exposición de Venecia de 1953.



2-3-4-5. El catálogo de la venta de la colección del príncipe Dorian Pamphilj, y la fotografía del mismo; un sello con la efigie del rey Faruk y la portada con el anuncio de la venta de su colección, llamada «Colección de Palacio».

otros posibles optantes a este título ya habían abandonado la filatelia: el ruso Frederic Breithuss, hijo del joyero de la corte del Zar, había cedido su colección a un comerciante inglés en 1907; el americano Worthington, el rey del «chewing gum», en 1917 había necesitado liquidez y vendió todos sus sellos al compatriota Lichtenstein, que se limitó a guardar para sí cierto número de piezas, entregando a subasta el grueso de la colección. Otro ruso, Agaton Fabergé, hijo de otro gran orfebre, estaba liquidando también sus sellos y se limitaba a las colecciones de Rusia y de los países escandinavos.

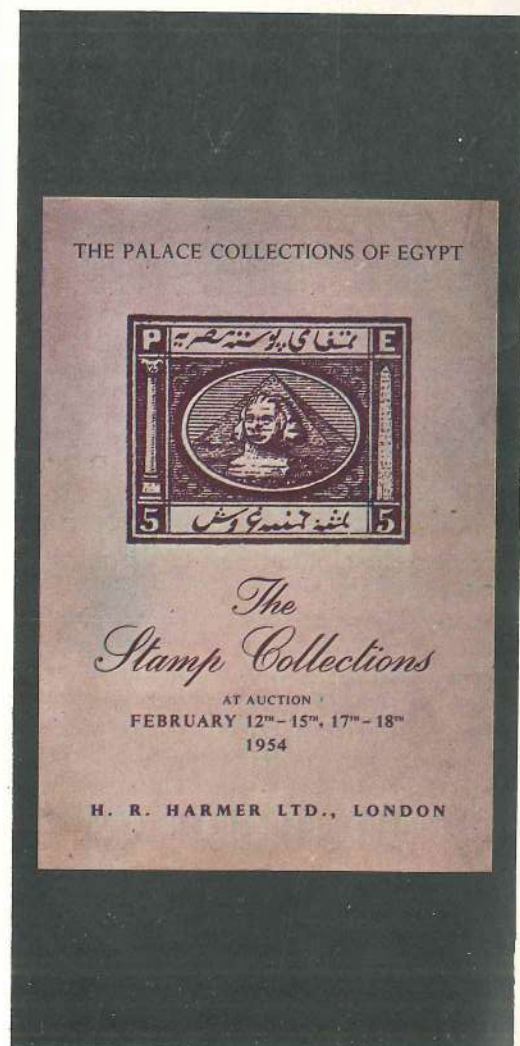
Arthur Hind fue el mayor comprador de las subastas, Ferrary. Consiguió, entre otras piezas, la posesión de las mayores rarezas ibéricas, pagando a precio superior que las ofertas de Alfonso XIII, rey de España y apasionado filatélico a su vez. Pero su primacía duró relativamente poco. Entre 1934 y 1953, la colección Hind fue vendida en subasta y muchas de las piezas que pertenecieron a Ferrary cambiaron de mano, a precios a veces inferiores a los que habían conseguido diez años antes en París. El mundo se estaba apenas recuperando de la «gran crisis», los magnates dispuestos a gastar grandes sumas para adquirir sellos escaseaban. Entre los compradores se contaron los tres últimos representantes de una categoría que, después de ellos, desaparecería, la de los grandes coleccionistas «generales». Se llamaban Caspary, Burrus y Lichtenstein.

Alfred H. Caspary era un agente de Bolsa de Nueva York. De joven advirtió que todos sus más distinguidos colegas coleccionaban algo, impresionistas franceses, jades o plantas exóticas. Decidió dedicarse también él a una colección, la de los sellos. Y consiguió llegar a ser, durante cierto período, el mayor filatelista del mundo. La venta de sus colecciones, que se celebró en Nueva York entre 1955 y 1957, produjo casi tres millones de dólares.

El segundo de los tres grandes sucesores de Hind era un europeo. Se llamaban Maurice Burrus. Había nacido en Alsacia y comenzó a coleccionar sellos en 1889, a la edad de siete años. A los veintiocho, convertido en un rico hombre de negocios, podía ya considerarse un filatelista de relieve. Y continuó adquiriendo sellos durante medio siglo, comprando piezas de la subasta Ferra-



3

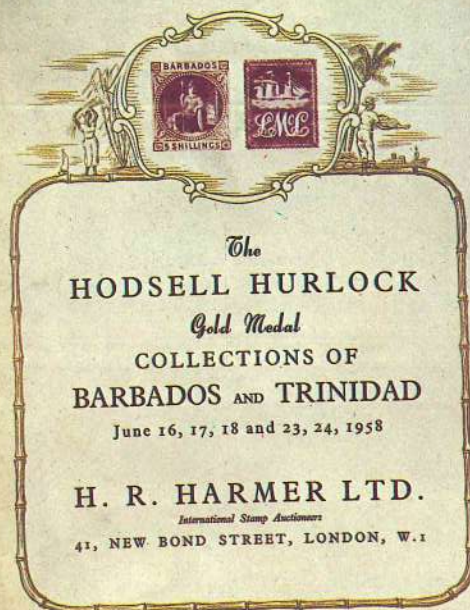


5



DECEMBER 6TH, 7TH, 1954

H. R. HARMER LTD
LONDON W.1



June 16, 17, 18 and 23, 24, 1958

H. R. HARMER LTD.
International Stamp Auctioneers
41, NEW BOND STREET, LONDON, W.1

1. Los catálogos de dos grandes colecciones, respectivamente de los Estados Unidos y de Barbados y Trinidad. Ambas colecciones fueron premiadas con medallas de oro en las más importantes exposiciones internacionales.

2. El Cardenal Francisco Spellman hojeando su colección de sellos.

3. Lombardo-Veneto 1850: un excepcional bloque nuevo del 30 céntimos pardo. El tipo, de 28 ejemplares con las cuatro «cruces» de Santa Andrea. La interesante rareza fue expuesta en la «Wipa 1965».



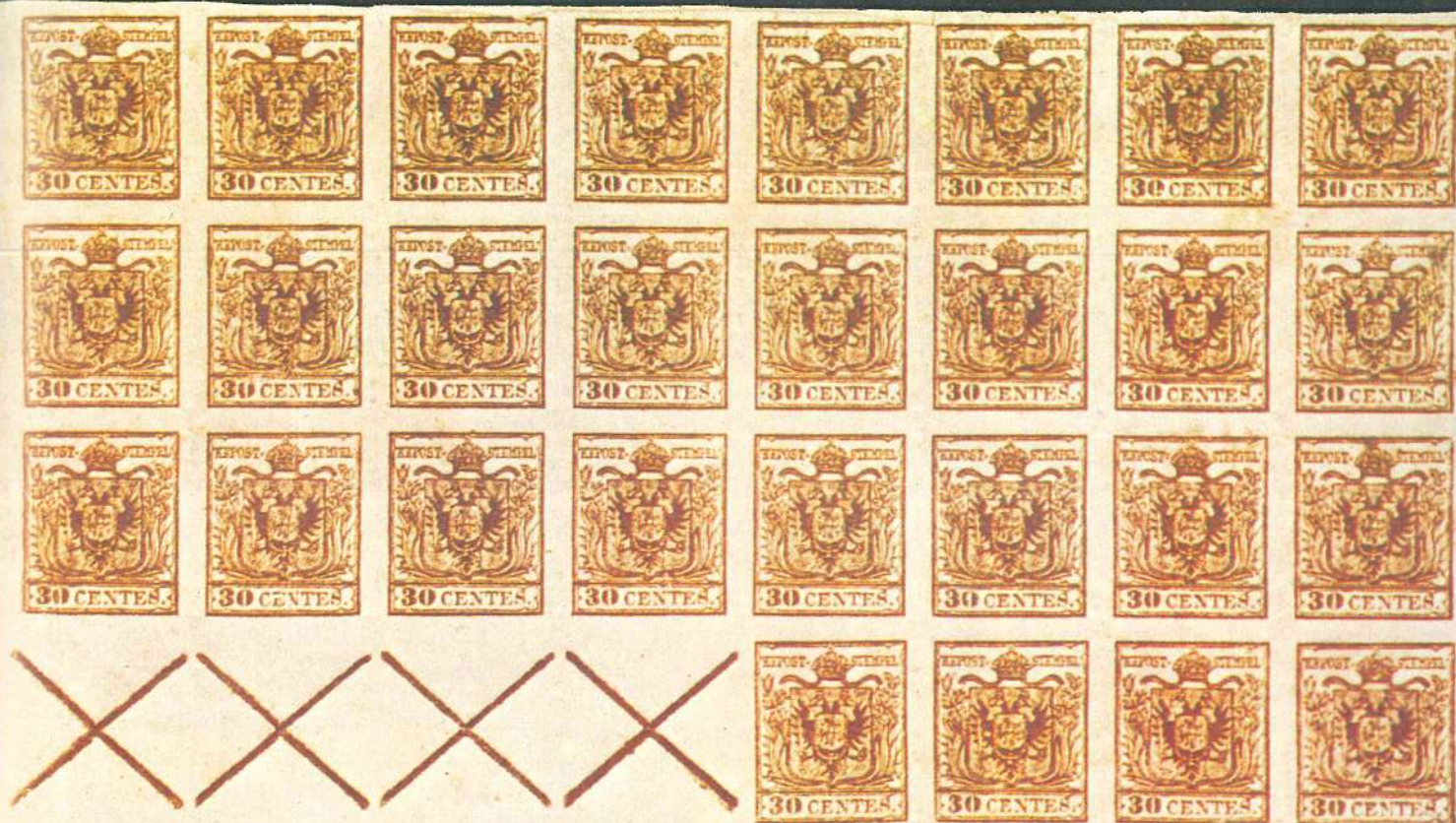
2

1
ry, de la subasta Hind y muchísimos ejemplares en los que se dispersó la colección de Caspary, su gran oponente. Maurice Burrus, que desde su Alsacia natal se había trasladado a Suiza, en donde se convirtió en el rey de los cigarrillos, murió en Lausana el 5 de diciembre de 1959. En los últimos años de su vida había puesto en venta su colección, pero el precio que pedía era demasiado elevado. Sin embargo, los herederos consiguieron embolsarse una cifra todavía más elevada. La venta fue efectuada a un consorcio de comerciantes y coleccionistas, que después distribuyeron los distintos lotes en varias subastas.

El tercero de la ilustre galería fue Alfred E. Lichtenstein, un industrial químico de origen suizo que vivía en Nueva York. Fue

uno de los que adquirieron la colección de Worthington, el rey de «chewing gum». Al contrario de Caspary y Burrus le gustaba exponer sus sellos en las grandes muestras. De él se cuenta que una vez, mientras cruzaba el Atlántico para llevar una selección de su colección a Londres, le llegó un telegrama que requería urgentemente su presencia en Basilea. Desembarcó en El Havre confiando el maletín con los sellos a un señor que había conocido en la travesía, que debía llegar a Gran Bretaña y que se prestó a entregar el precioso lote a la «Royal Philatelic Society». Lichtenstein volvió tranquilamente en tren desde Basilea, pero su ocasional amigo llegó a Londres en una hora en que la sede de la Royal estaba cerrada. Debiendo marcharse con urgencia,

dejó el maletín en el umbral del palacete de Devonshire Place, donde la prestigiosa sociedad inglesa tenía su residencia. La flor y nata de la colección Lichtenstein permaneció allí toda la noche. Encontró el maletín intacto la mujer que, a la mañana siguiente, fue a hacer la limpieza. Lichtenstein desapareció en 1948, pero tuvo la fortuna de poder dejar la colección a su hija, Louise Boyd Dale, que compartía totalmente su pasión por los sellos. Ahora también Louise ha muerto, y en Nueva York comenzó la serie de ventas en subasta de la colección Lichtenstein-Dale. En la primera subasta, que tuvo lugar el 21 de octubre de 1968 se llegó al precio más alto de toda la historia de la filatelia: 380.000 dólares por una carta con dos ejemplares del penny Post Office de Mauricio.



En el mundo sólo queda ahora una única gran colección, la dejada por el comerciante francés Theodore Champion. Coleccionistas, comerciantes y subastadores se pelean por poseerla, pero la viuda no la quiere vender.

No creemos que la herencia de Ferrary, de Hind, de Caspary, de Burrus y de Lichtenstein pueda ser recogida. Ya se acabaron los tiempos de los grandes coleccionistas dispuestos a pagar cualquier suma por poseer determinado sello. Hoy se tiende, más bien, a formar colecciones especializadas, limitadas cronológica o territorialmente. Y también, entre los «especializados», existieron y existen personas que merecen totalmente ser catalogadas entre los grandes coleccionistas.

Uno, entre los primeros, fue el rey Jorge V de Inglaterra. Coleccionaba únicamente sellos de la Gran Bretaña y de sus colonias. Comenzó su carrera de coleccionista cuando era un joven oficial de la Armada y daba la vuelta al mundo a bordo de los buques de la Royal Navy. Ascendido al trono, dedicó a los sellos una sala del Buckingham Palace, confiando primero su cuidado a Edward D. Bacon, y después a sir John Wilson, que es como decir a dos de los máximos especialistas de todas las épocas. Las preocupaciones de su reinado no le impidieron continuar personalmente su colección, aunque tuviese que tener escondidas sus adquisiciones más importantes a la reina Mary, que no aprobaba el *hobby* de su augusto consorte.

Inglaterra se vanagloria también de un especialista de excepción en la persona del vigésimo sexto Duque de Crawford, que se dedicó en particular a los ensayos, a las pruebas y a la literatura técnica del sello. Había sido introducido en los misterios de la filatelia por un caballero italiano ligado a la más alta nobleza británica, que era, a su vez, un coleccionista especializado: el Príncipe Alfonso Doria Pamphilk. Este había formado una discreta colección general, pero en 1904 se deshizo de todos los sellos, a excepción de los de Italia y de los antiguos Estados italianos. Continuó enriqueciendo su colección hasta su muerte, acaecida, en 1914. La familia conservó intacta la colección, para consignarla, cincuenta años después, como donación, a la «Royal Philatelic

Society». Y esta vendió en subasta una buena parte de ella, empleando la suma embolsada en ampliar su sede londinense.

Por seguir con el tema de los antiguos Estados Italianos, vamos a citar los turineses Alcides Bona y Enrico Marchesi, que se ocuparon únicamente de los Estados Sardinios. A Achillito Chiesa, que antes o después poseyó todos los más bellos clásicos italianos. Y a Leopoldo Rivolta, que entre 1908 y 1924 formó una espléndida colección solamente con los sellos de Lombardo-Veneto. La colección ha pasado a su hijo, que la ha continuado y ampliado. Achille Rivolta, hijo de Leopoldo, presidente de la Federación dentro de la Sociedad Filatélica Italiana, es hoy, quizá, el máximo coleccionista de su país. Tampoco es posible olvidar al romano Mario Tomasini, que se unió a la filatelia, casi por casualidad, durante la última guerra, y que en el curso de pocos años acumuló una colección asombrosa de sellos clásicos, no sólo de los Antiguos Estados Italianos, sino también del resto de los países europeos y de sus colonias. Desapareció prematuramente en 1965, pero entre sus herederos existe quien cuida y acrecienta la colección paterna.

Los Antiguos Estados Italianos fascinaron también a un coleccionista americano, F. Harris, que fue uno de los íntimos amigos del Presidente Roosevelt y que llegando a ser un filatelista apasionado no fue nunca un «gran coleccionista», ya que se limitó a recoger lo que le apetecía sin particular especialización ni ambiciones de conjunto. De Roosevelt partiremos para señalar algunos de los muchos hombres de Estado que se han ocupado de los sellos. Además, de los ya citados, Jorge V y Alfonso XIII, merecen una mención el rey Carol de Rumania, que consiguió llevar consigo su colección al exilio y que al venderla volvió financieramente más rosácea su posición de ex monarca; el rey Faruk, que en este sentido fue menos afortunado, ya que su hijo Fuad tuvo que dejar después sus sellos en Egipto, de forma que fueron vendidos en subasta a beneficio de la república instaurada por «los coroneles» que le habían destronado. Entre los soberanos hoy reinantes citaremos al Príncipe Raniero III de Mónaco, que posee una bella colección de «piezas» pertenecien-



1-2. Sellos y anulamientos de Lombardo-Veneto y de la localidad de Friuli, donde se usaban sellos de Austria con anulamientos italianos. Los matasellos de Lombardo-Veneto tienen una gran variedad de tipos, en lo que se diferencian de los demás Ducados.

3. Theodore Champion, el gran compilador del catálogo francés Yvert et Tellier.

4. El ingeniero Leopoldo Rivolta, fundador del «Corriere Filatélico», una de las mejores revistas italianas.

5. Portada del catálogo de la gran colección H.C.V. Adams.

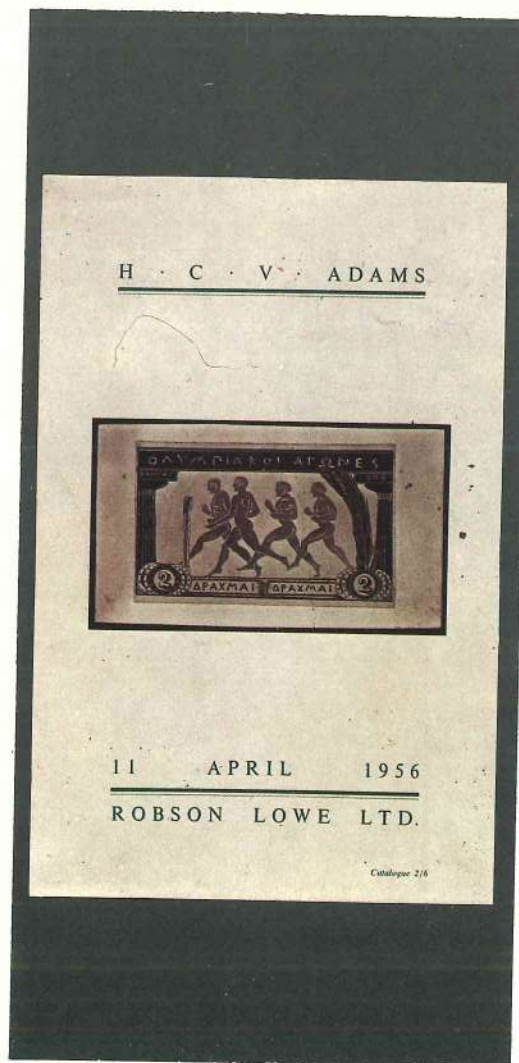
6. El doctor Achille Rivolta, actual presidente de la Federación dentro de la sociedad filatélica italiana, continuador de la colección paterna, que se cuenta entre las más importantes de Lombardo-Veneto



3



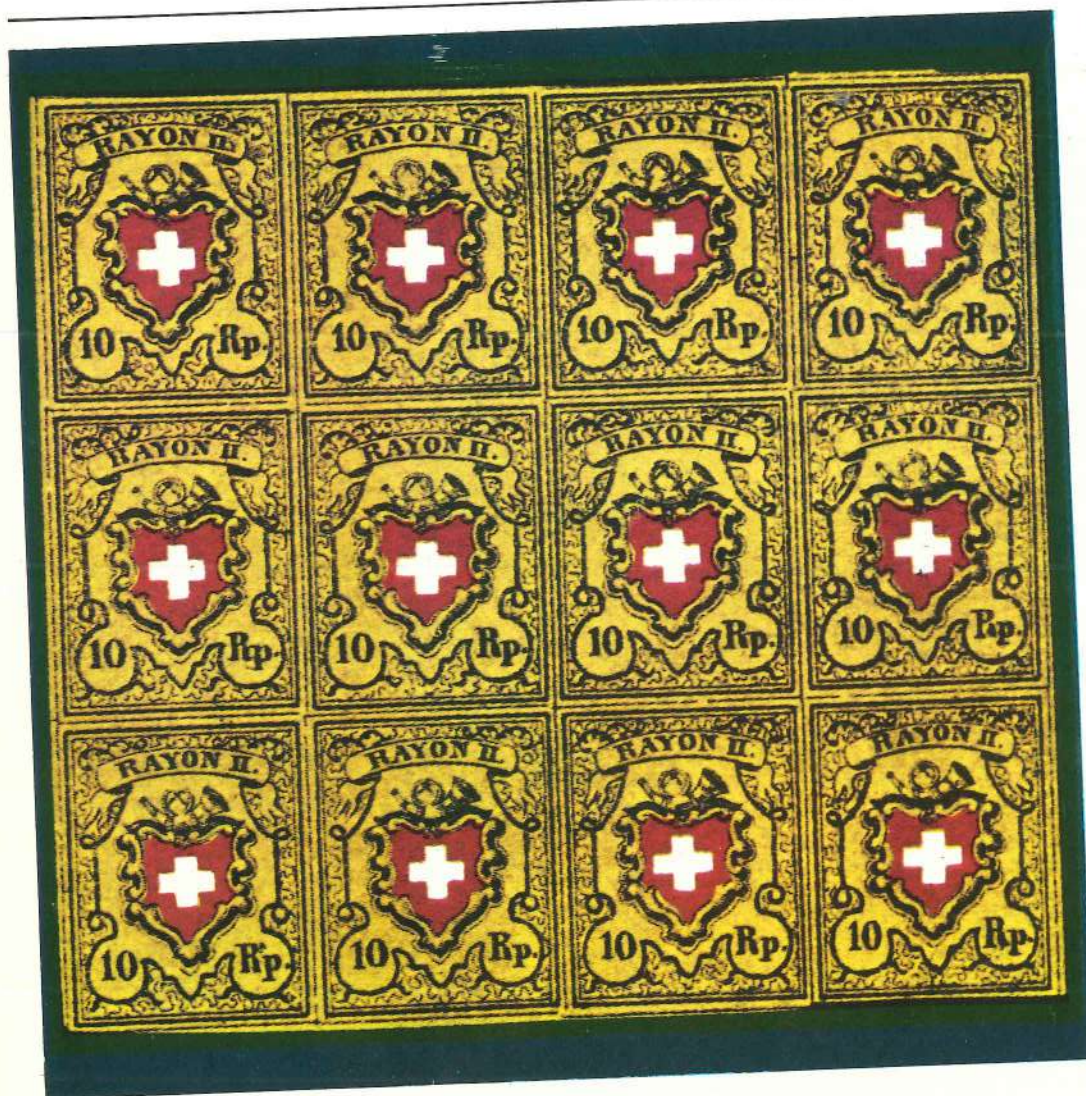
4



5



6



tes únicamente a su principado. Entre los príncipes de la Iglesia hay que destacar al fallecido arzobispo de Nueva York, Cardenal Francisco Spellman; sus incontables sellos, entre los que destaca una excelente colección del Estado Pontificio y una bastísima «temática» dedicada a los ejemplares de inspiración religiosa, están custodiados en un museo que el mismo Cardenal fundó en las cercanías de Boston. Una «temática» muy prestigiosa se custodia en Milán, en el Museo del Risorgimento. Comprende los sellos y cartas ligadas justamente a la historia del Resurgimiento italiano y donados a aquel Museo por un gran coleccionista, Marco de Marchi.

Además de los grandes coleccionistas,

cuyos nombres son más o menos conocidos por los filatelistas de todo el mundo, existen otros que prefieren, o han preferido, el anónimo. Este fue el caso de Josiah Lilly, el industrial farmacéutico americano, que en vida, era totalmente desconocido por el mundo filatélico y que, sin embargo, dejó una colección evaluada en 500 millones de pesetas. Y muchos aseguran hoy que las innumerables rarezas de primera magnitud, adquiridas en estos últimos años por un comerciante de Nueva Orleans, se encuentran amorosamente custodiadas a la sombra de un bosque de pozos de petróleo tejanos. Pero sería inútil buscar el nombre de este fabuloso industrial del oro negro en los catálogos oficiales de los inscritos a cualquier círculo filatélico.



2

1. Suiza, 1850: este excepcional bloque de doce sellos del 10 rappen, Rayon II, fue expuesto en la «Wipa 1965». Representa una de las mayores rarezas helvéticas. La primera emisión de los correos federales tienen como dibujo el escudo suizo. Los dibujos fueron realizados a mano cuarenta veces en la plancha; cada ejemplar es, pues, distinto de los demás.

2. Toscana 1851-52: 60 crazie escarlata, un bellissimo ejemplar nuevo. El 60 crazie fue emitido en noviembre de 1852. Destaca el león con corona sobre la cabeza. El sello del Gran Ducado, al igual que los otros de esta famosa serie, fue impreso en folios de 240 ejemplares dispuestos en quince rayas horizontales de dieciséis sellos cada una. La serie fue realizada en la «Stamperia Granducale», de Florencia, con grabaciones de Niderost. La primera tirada se hizo sobre folios de papel azul, substituido más tarde por el papel gris azulado y, en la última tirada, por papel parduzco. La filigrana en el folio está formada por 12 grandes coronas granducales, cada una de las cuales aparece colocada entre líneas horizontales y verticales. El 60 crazie es el sello más famoso de la serie. Es conocido en color escarlata oscuro sobre gris y en escarlata sobre gris.